

La Sequía de la Naturaleza, La Lluvia de la Gracia y Su Lección

NO. 2115

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE NOVIEMBRE, 1889,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES,
Y SELECCIONADO PARA SER LEÍDO EL DOMINGO 24 DE NOVIEMBRE, 1889.**

***“Los nobles enviaron sus criados al agua; vinieron a las lagunas, y no hallaron agua; volvieron con sus vasijas vacías; se avergonzaron, se confundieron, y cubrieron sus cabezas. Porque se resquebrajó la tierra por no haber llovido en el país, están confusos los labradores, cubrieron sus cabezas. ¿Hay entre los ídolos de las naciones quien haga llover? ¿Y darán los cielos lluvias? ¿No eres tú, Jehová, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos, pues tú hiciste todas estas cosas.”
Jeremías 14:3, 4, 22.***

El deseo de mi corazón y mi oración sincera es que muchas de las personas presentes en esta casa puedan decir con el profeta: “En ti, pues, esperamos.” Yo no me quedaría satisfecho por haber predicado un discurso que ustedes hayan oído o que incluso hayan aprobado, a menos que proviniera de él este fruto delicioso: que quienes están alejados de Dios sean conducidos a acercarse a Él, y que digan, en verdad y de todo corazón: “En ti, pues, esperamos.” Únicamente en Dios pueden los hombres vivir felizmente y, si quieren ser rescatados de su estado caído, es al Señor su Dios a quien han de volverse. ¡Oh, que esperaran en Él!

En el último versículo tenemos la palabra “pues,” que muestra que quienes hablaban habían llegado a esa conclusión a través de un razonamiento. En realidad ellos se habían visto forzados a adoptar esa resolución por causa de un argumento muy doloroso y personal que Dios había colocado delante de ellos en el orden de Su providencia. Tanto por su sed como por su incapacidad de encontrar agua en alguna parte, el Señor los había conducido a decir: “En ti, pues, esperamos.” Confío que no será necesario que seamos exhortados a la conversión mediante unos sufrimientos tan terribles. “No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento.” Vengan voluntariamente, ya que el argumento para venir es claro y convincente.

Me gustaría que esta mañana recorran mentalmente todo el proceso a través del cual pasaron los israelitas para llegar a esa agraciada conclusión: “En ti, pues, esperamos.”

Comencemos de inmediato con el argumento, pidiéndole a Dios que persuada mediante Su buen Espíritu a todos los corazones, para que podamos llegar a la conclusión deseada.

I. Primero, consideren que el HOMBRE ES UNA CRIATURA MUY DEPENDIENTE. Es, en algunos sentidos, la criatura más dependiente que Dios ha creado, pues el rango de sus necesidades es muy amplio, y en mil puntos es dependiente de algo que está fuera de sí mismo. Toda la creación existe por la voluntad del Señor, y si Su voluntad cesara de enviar poder sustentador para mantener en la existencia a las cosas creadas, dejarían de existir. Este gran mundo—el sol, la luna y las estrellas—se disolvería por completo y, así como la espuma del instante se disuelve en la ola que la transporta, así se perdería para siempre. Si el Señor así lo quisiera, el universo desaparecería como esa burbuja que tu hijo sopla hace sólo un instante, y que ahora se ha esfumado sin dejar rastro alguno tras de sí. Sólo Dios existe por Su propio poder. Todo lo demás depende de Él—

***“La vida, la muerte, el infierno y mundos desconocidos
Penden de Su firme decreto:
Él no se sienta en ningún trono precario,
Ni pide permiso para existir.”***

El hombre, como una criatura viva, es peculiarmente dependiente de Dios en cuanto a las cosas temporales. Vemos en el texto que cuando el rocío dejó de caer, y las lluvias fueron retenidas, los infelices habitantes de Palestina sufrieron una sequía, y esa sequía trajo consigo la desaparición de la cosecha, el hambre, la enfermedad y la muerte. Como reza un dicho común nuestro: ‘la gente moría como moscas.’ Caían por doquier por miles, desfallecientes, hambrientos, condenados. ¡Cuán débil es el hilo del que pende la vida humana! El agua, aunque en sí misma sea inestable, es necesaria para el florecimiento de la vida humana, y sin ella, el hombre se muere. Muchos animales pueden soportar la sed mejor que el hombre. Otras criaturas llevan sus propias vestiduras con ellas, pero nosotros tenemos que estar endeudados con una planta o con una oveja, para cubrir nuestra desnudez. Muchas otras criaturas están dotadas de suficiente fuerza física para ganar su alimento teniendo que luchar, pero nosotros tenemos que producir nuestro propio alimento del suelo. Contemplen cómo venimos al mundo, indefensos y débiles, absolutamente dependientes de los demás; y cuando se desarrolla nuestra fortaleza y se perfecciona nuestra condición humana, sólo entramos en otra fase de dependencia de nuestro entorno para nuestra alimentación; así pues, para nuestra vida, dependemos de las gotas de lluvia. No podemos producir alimento de la tierra sin el rocío y la lluvia. Sin importar cuán ingeniosamente hayan preparado su terreno, y cuán cuidadosamente ha-

yan seleccionado su semilla, todo saldrá mal sin la lluvia del cielo. Aunque brotara su grano, rehusaría convertirse en espiga si los cielos estuvieran secos. Tampoco ustedes podrían producir por sí mismos ni un solo aguacero y ni siquiera una sola gota de rocío. Si Dios retiene la lluvia, ¿qué podría hacer el labrador? ¿Citar a una reunión del parlamento; reunir a un sínodo de científicos; convocar a un cónclave de príncipes? ¿Qué podrían hacer? Sus actos, sus teorías y sus mandamientos son en vano. Cuando los cielos son de bronce, la tierra es de hierro; cuando Dios está airado, las nubes no esparcen ninguna bendición sobre nuestro campo y la tierra no da su producto para el labrador.

Sí, y la vida misma se esfumaría conforme el alimento de vida escaseara. Sería un cálculo instructivo—siempre y cuando pudiera elaborarse con precisión—estimar cuánta reserva de alimentos hay atesorada sobre la superficie de la tierra en un momento determinado. Si todas las cosechas fueran a fallar a partir de esta fecha, si no hubiese cosechas en Australia durante nuestro invierno, ni cosechas a principios del año en la India ni en las regiones cálidas, si no hubiese cosechas en América ni Europa, yo he sido informado que, para el tiempo de nuestros meses de cosecha, no habría en la faz de la tierra suficiente alimento que durara más de seis semanas. ¡Cuán dependientes somos de la siega de cada año!, pues si hubiera una escasez general, la inanición estaría prácticamente a la vista.

Al igual que Dios dio el maná en el desierto Dios, Él nos da en verdad el pan conforme lo necesitamos, pero dependemos cada hora de Su generoso cuidado. Las botellas del cielo contienen los jugos de la vida humana; si esas botellas fueran cerradas por completo, ninguno de nosotros podría tolerar la quemante sequía y la consecuente carestía.

Veán, entonces, la absoluta dependencia que tienen de Dios, no solamente las naciones orientales, sino todos los pueblos de la raza humana. Prescindiendo de cuál sea nuestra actividad o profesión, todos somos alimentados por el fruto del campo, y prescindiendo de lo que pudiera decirse acerca de las leyes de la naturaleza, el Dios de la naturaleza no está restringido ni limitado por métodos de procedimiento. Él puede operar tal como le agrada, y puede llenar nuestros graneros al máximo de su capacidad, o detener los suministros del grano por el simple método de dar o suprimir la lluvia. Nuestro aliento está en nuestra nariz; si Él quitara ese aliento, nos morimos. Sin Su preservación, la raza entera del hombre sería convertida en polvo y dejaría de existir en la tierra de los vivientes.

Esta dependencia es más evidente en las cosas espirituales. Hermanos, si Dios nos bendice con Su salud salvadora, y con la visitación de Su Es-

píritu, seremos como un campo que Dios ha bendecido, y nuestras vidas se alegrarán con una cosecha para Su alabanza. Pero sin Dios, ¿qué podríamos hacer nosotros? En el reino de las cosas espirituales, nosotros somos absoluta y enteramente dependientes de Dios y, sin Su ayuda, somos como una tierra salada que está desprovista de verdor. La salvación es de Jehová. Vana es toda confianza que no esté edificada sobre Él.

¿Cómo podríamos procurar las invaluable bendiciones de perdón y de gracia, aparte de Dios en Cristo Jesús? ¿Cómo puede ser quitado el pecado, excepto por el Señor, que pasa por alto la iniquidad? ¿Quién es aquél que puede absolver sino la persona contra quien fue cometida la transgresión? ¿De dónde puede venir la limpieza de toda mancha sino de esas amadas manos que fueron horadadas por nosotros? Cuando nosotros y nuestros vestidos seamos lavados en Su sangre preciosísima, sólo entonces seremos limpiados y toda la gloria será para Él como el Cordero inmolado. ¿No son de Dios la justificación y la aceptación? ¿Qué podríamos hacer, ustedes y yo, para justificarnos o para hacernos aceptables ante Dios? Estos son los dones del pacto de gracia, y Dios puede otorgarlos; pero si no los otorga, nosotros no podríamos obtenerlos nunca. Otorgar esos dones según el designio de Su voluntad es Su regia prerrogativa.

Lo mismo sucede con la vida y el poder del Espíritu de Dios, por los cuales somos capaces de recibir y disfrutar las bendiciones del pacto; el Espíritu Santo, como el viento, sopla de donde quiere, y sólo el Señor ordena Su operación. ¿Cómo podría venir a nosotros la nueva vida mediante la cual recibimos al Señor Jesús, si no viniera del propio Dios viviente? ¿Puede un hombre que está hundido en el pecado, liberarse y purificarse a sí mismo? “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?” “Os es necesario nacer de nuevo.” Pero ¿puede un hombre lograr nacer de nuevo por sí solo? ¿Es imaginable que el nuevo nacimiento sea causado por la propia persona que nace? El cambio obrado es misterioso, radical, perdurable; ¿quién podría obrarlo por sí solo? ¿Quién podría extraer algo limpio de algo inmundo? Nadie. ¡La nueva vida tiene que venir de Dios! “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” ¿De dónde provienen el nuevo corazón y el espíritu recto? ¿Puede la mente carnal, que es enemistad contra Dios, engendrar por sí sola un amor a Dios y un deseo de comunión con Él? Esas cosas no pueden crearse por sí solas, pues son obra de las mismas manos que hicieron los cielos y la tierra. El amor a la santidad y su búsqueda y la perseverancia en esa búsqueda, ¿acaso esas cosas no nos vienen exclusivamente de Él, que ha obrado todas nuestras obras en nosotros? Todo comienzo de bien, sí, todo anhelo de bien, es obrado en nosotros por Dios, pues de lo contrario nunca se encontraría en nosotros en absoluto. Nosotros somos absolutamente de-

pendientes de Dios, no solamente en cuanto a todos los dones espirituales, sino en cuanto al poder de convertirnos en partícipes de ellos.

Y, hermanos, ¿no nos vienen de Dios nuestro Salvador todas las gracias que son agradables a Dios? ¿Acaso hay algún grano de fe en el mundo que Dios no haya producido? ¿Hay una chispa de amor santo en cualquier pecho humano que Dios no haya generado? ¿Hay alguna verdadera esperanza, en cualquier corazón, que el Dios de la esperanza no haya implantado? ¿Hay alguna cosa en alguna parte que sea santa o amable o de buen nombre que no proviniera primero del propio Dios y que no la introdujera en el corazón del hombre?

Pecador, tú eres absolutamente dependiente de Dios para poseer la gracia y para obtener la salvación. Tú yaces como aquellos huesos secos en el valle, que eran abundantes y que estaban muy secos. ¿Qué puedes hacer? ¿Por cuál poder pueden vivir los huesos secos? El profeta del Señor, como un acto de fe en Dios, te ordena que vivas; pero el profeta de Dios sabe que no vivirás por medio de tu propia fuerza, ni por medio del poder de persuasión del propio profeta. No, él apela a un poder que está más allá de él mismo y de ti. Da voces diciendo: “Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán.” Él espera que el Espíritu Santo genere vida en ustedes, y aparte de ese Espíritu, no tiene esperanza en cuanto a ustedes.

Ampliando este caso—y no puedo ampliarlo demasiado—no tengo miedo de exagerar ni de ir demasiado lejos en eso: yo sé que en cuanto a las nubes, y a la lluvia y a la siega, los hombres son absolutamente dependientes del Dios de la providencia; y yo sé también que, para el don del Espíritu Santo y para el poder que salva a las almas, dependemos enteramente del grandioso Dios que crea todas las cosas buenas.

Aquí tenemos algo que es lamentable: *contra Dios, de quien somos tan dependientes, hemos pecado y continuamos pecando*. Somos dependientes de Él, y sin embargo, nos rebelamos en Su contra. ¿Acaso el hombre que acepta de mí su pan diario, alzará contra mí el calcañar? ¿Es posible que quien no podría vivir sin mí, viva para hablar mal de mí? ¿Abusará de mi bondad convirtiéndola en un medio para hacerme daño? Eso sería una atrocidad que sólo podría brotar de un corazón negro e ingrato. Sí, cada pecador que continúa en el pecado está actuando ingratamente. Quien continúa haciendo el mal a pesar de existir sólo por Su infinita caridad, es ingrato en un grado supremo para con el Señor de amor. Siendo ese el caso, la dependencia que tiene el hombre culpable de la gracia de la soberanía divina y de la soberanía de la gracia divina, es resaltada más todavía. Debido a que el hombre ha quebrantado el mandamiento de Dios y continúa rebelándose contra Él, con mucha mayor razón se en-

cuentra absolutamente a la disposición de un Dios justo. El traidor no tiene ahora ningún derecho; los ha perdido todos. No tiene ningún derecho a reclamar; él mismo se ha proscrito.

Oh hombre impío, tú no puedes apelar en absoluto a la justicia de Dios; pues si lo hicieras, Él debe adjudicarte la destrucción eterna. Tú no puedes reclamarle ahora nada como si te lo debiera, pues lo que se te debe es que seas condenado al castigo eterno. Tú estás condenado delante de Él, en cuyas manos está el decidir sobre la vida o la muerte. Tú estás en la mano de Dios de la misma manera que el prisionero condenado a muerte está en manos del poder del rey; en verdad, tú lo estás de manera más absoluta. Si fueras perdonado, tendría que ser por el ejercicio de la soberana prerrogativa que está investida en Jehová, el Señor de todo, que hace lo que parece bien a Sus ojos. Con tal de que pueda hacerse justamente, la soberanía podría intervenir y rescatar al culpable de su condenación; pero este es un asunto que depende únicamente de la voluntad del Señor. Si tú eres ejecutado, la condenación está tan bien merecida que no puede decirse ni una sola palabra contra la soberanía que cumplirá la sentencia. Si Dios hubiera dejado que este mundo pecador pereciera en su pecado, nadie habría podido culparlo; no es sino justo que mueran aquellos que han provocado a su Dios y han incurrido en el castigo que Él amenazó contra el pecado. Si el Señor, en la grandeza de Su amor, eligiera salvar a este hombre o a aquél, no le provoca ningún daño a nadie, sino que enaltece Su misericordia en aquellos a quienes redime de una merecida muerte. Si el Señor iluminara una isla, y dejara en la oscuridad a todo un continente, ¿quién le acusaría? Si Él tomara a uno de una ciudad y a dos de una familia, y los atrajera hacia Sí, mientras permite que todos los demás sigan su propio camino y que continúen obstinadamente en rebelión, ¿quién acusaría a Dios de parcialidad, o quién le diría: Qué haces Tú? Él puede responderles a todos los que objetan Su camino de misericordia: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” Él no deposita sobre ningún hombre más de lo que es justo, y lo que Él decide perdonar por Su propia longanimidad, no puede ser impugnado. Ya sea que les guste la doctrina o no, es cierto que, como pecadores, ustedes son absolutamente dependientes de la misericordia soberana de Dios. Yo desearía que pudieran ver y sentir esta grandiosa verdad, pues tendería a humillarlos y a prepararlos para buscar Su favor. Pido al Espíritu Santo que la grave en todos los presentes que no hayan venido a Dios en Cristo Jesús. Esto basta en cuanto a la primera verdad.

II. Nuestro segundo comentario es éste: LOS HOMBRES PUEDEN VERSE REDUCIDOS A UNA CALAMITOSA ANGUSTIA. Los hombres,

siendo dependientes de Dios, pueden verse reducidos a una calamitosa angustia si le desobedecen e incurren en Su justa desaprobación.

Amablemente síganme mientras leemos los versículos anteriores a mi texto. Aquí encontramos una gran angustia temporal: ¡la gente no tenía agua! Los más altos rangos de la sociedad fueron conducidos a experimentar la terrible sequía. La ciudad entera era atormentada por la sed, y los líderes implementaron una diligente búsqueda con el fin de encontrar agua. Enviaron a revisar los grandes depósitos que Salomón había construido en su época, los estanques de arriba y los de abajo, pero no encontraron agua. Inspeccionaron una y otra vez, pero las aguas habían desaparecido por completo, y entonces se vieron reducidos a la desesperación. Cubrieron sus cabezas como hombres que se rendían a una muerte sin esperanza. Terrible fue la sequía que Jehová envió a Su tierra debido al pecado de Su pueblo; fue como si el día de Elías hubiera retornado, en el que no hubo ni rocío ni lluvia durante tres años y seis meses.

Mis queridos oyentes, hay una angustia espiritual de la que esta sequía es una figura. He aquí, como en una parábola, hemos visto el estado al que muchos son conducidos cuando Dios comienza a tratar con ellos: experimentan sequía de vida y hambruna de esperanza. Amado oyente, ¿sabes lo que significa 'los tratos de Dios con un hombre'? ¿Recuerdas aquel pasaje en el libro de Bunyan, "El Progreso del Peregrino," donde un peregrino le dice al otro: "Iniciemos un buen discurso? ¿Dónde habremos de comenzar?" El otro le responde: "Donde Dios comenzó con nosotros." ¿Sabes lo que quiere decir eso? ¿Ha comenzado Dios contigo? Si es así, podrás entenderme cuando digo que Dios hace consciente, al hombre despierto y convicto, de la mayor necesidad concebible, es decir, de una sequía en su propia alma. Estas gentes estaban conscientes de que necesitaban agua; y el caso era peor que eso todavía, pues estaban atormentadas por la sed. Así viene Dios a los hombres, y los hace sentir que necesitan el agua viva de Su gracia, y los hace tener sed de ella. Ellos no conocían antes su necesidad, antes bien, proseguían con bastante júbilo, contentos con los placeres del tiempo y del sentido; pero ahora, habiendo sido vivificados, sienten un hambre intolerable y tienen sed de cosas más excelsas y mejores. Son atormentados por un insaciable deseo que no puede ser apaciguado ni lo será. ¿Acaso no hemos visto a esos seres sedientos? ¿No hemos tenido compasión de ellos? ¿No les hemos indicado la única y exclusiva fuente de suministro? ¿No nos hemos regocijado en secreto por ellos cuando hemos anticipado hacia dónde tendía su angustia?

Procedamos un poco a detalle con las palabras de mi texto: cuando el Señor hace que los pecadores sientan la sequía espiritual, *el orgullo es*

humillado. “Los nobles enviaron sus criados al agua.” Generalmente la nobleza se ocupa muy poco acerca del agua; pero durante una gran sequía, el rey Acab y su mayordomo, Abdías, salieron ellos mismos a buscar agua. En este caso, los nobles enviaron a sus siervos, es más, enviaron incluso a sus hijos y a sus hijas, para que descubrieran alguna fuente de suministro.

Así Dios sabe cómo enseñar a un hombre de tal manera que sus altivos pensamientos son humillados, y su orgullo es abatido hasta el polvo. ‘Señoría ilustrísima,’ tú te sentirías como un don nadie si el Espíritu tratara contigo en convicción. No hace mucho tiempo, ‘su excelencia’ miraba con desdén desde el asiento más elevado de la sinagoga, pero ahora te sientas en el polvo, y consideras a todos como tus superiores. El filósofo se convierte en un niño y alegremente acepta el vaso que anteriormente desdeñaba. Te oímos el otro día cantando a tu propio honor y gloria, pero ahora no tienes ninguna canción que cantar, antes bien te cubres los labios y musitas: “¡Inmundo, inmundo, inmundo!” Cuando el Señor pone Su mano sobre un hombre, hace que su belleza se consuma como una polilla. El hombre es conmovido de la cabeza a los pies; su alma se derriete dentro de él, y toda su gloria rueda en el cieno. En el día de nuestra angustia nuestros pensamientos más nobles se convierten en humildes rastreadores del agua de la vida.

Pero ustedes observan que cuando fueron humillados y reducidos a estar sedientos, esas personas *acudieron a causas secundarias*: llegaron a los pozos o depósitos. Los depósitos, en el Oriente, son algunas veces grandes cavernas encontradas en la roca natural, y en otras ocasiones son excavados por obreros, o contruidos con ciertas técnicas, y luego se canalizan algunas corrientes y se hacen correr hacia esos depósitos que son capaces de contener una gran cantidad de agua. Algunos de los hijos de los nobles pensaron que ellos conocían algunas cavernas que los demás no habían visto, cisternas subterráneas ocultas que habían sido olvidadas, y salieron para encontrarlas. Se apresuraron al lugar donde esperaban encontrar esa agua invaluable; pero no leemos que clamaran a Dios, o que buscaran la misericordia de Jehová, que podría haberles dado lluvia de manera inmediata. Recurrieron a las causas secundarias, pero no se volvieron a la mano que los había golpeado.

Así las almas, cuando son despertadas, acuden a cincuenta cosas diferentes antes de acudir a Dios. Es triste que, en superstición o en escepticismo, ellas busquen arroyos vivos. Intentan la reforma de la conducta. Yo no tengo nada que decir en contra de eso. Pero aparte de Dios, la reforma siempre concluye en desilusión. Buscan la consolación de algún credo ortodoxo, acerca de lo cual yo podría tener mucho que decir; pero

si se confiara en una fe en un credo, es como si un hombre buscara calmar su sed con una botella, pero sin preocuparse por verificar si contenía agua o no. Un credo es una jarra en la que se almacena el agua, pero no es el agua misma. Algunas personas intentan formas y ceremonias en abundancia, y a todo eso agregan abnegaciones y penitencias; toleran cualquier cosa antes que acudir a Dios en busca de Su gracia. La gracia es un puerto hacia el cual ningún hombre timonea su barca mientras no se compruebe que es el único lugar en el que puede entrar.

Oh corazón mío, corazón mío, ¿cómo es que puedes ser tan renuente a acudir a tu Padre y a tu Dios? Oh, ustedes, que andan deambulando en este momento yendo de la confianza de una criatura a otra criatura, les ruego que pongan un término a su vagabundeo y vengán a casa, a Dios, que es el único que puede ayudarles. No hay esperanza para ustedes excepto en Dios, y el camino a Dios es a través de Su Hijo Cristo Jesús. ¿Por qué deambulan tanto sin rumbo? Ir directamente a Dios es el camino más seguro y más confiable; ¿por qué no lo toman? Dios es nuestro refugio y nuestro cielo; ¿por qué somos tan renuentes a buscarlo? Oh, hombre, ¿por qué quieres acudir a los santos, a los ángeles e incluso a los demonios, en vez de acudir al Señor tu Dios? Pero yo te conozco, tu corazón está puesto en la idolatría, y esta es la esencia de la idolatría: que tú buscas a la criatura en vez de buscar al Creador.

Si continúan leyendo, encontrarán que cuando acudieron a esos ministros secundarios, *se vieron decepcionados*: “Vinieron a las lagunas, y no hallaron agua.” Encontraron lodo, negro lodo asqueroso, pero no encontraron agua. Una vez anteriormente vieron el espumoso líquido en la fresca cueva; pero ya había sido utilizado todo. Cuando las aguas podían ser encontradas en cualquier otra parte, las cisternas estaban llenas; pero cuando todo lo demás estaba seco, las cisternas estaban también secas. Se inclinaron, exploraron en la oscuridad; intentaron obtener al menos un vaso lleno del precioso líquido, pero está escrito: “No hallaron agua.” Decepcionados, “volvieron con sus vasijas vacías.” Las mujeres, con sus cántaros de agua sobre sus cabezas, presentaban un triste espectáculo cuando entraban por la puerta de la ciudad, y una tras otra, todas ellas, suspiraban diciendo: “¡Vacía! ¡Vacía!” Necesitaban beber para calmar la sed, pero no se encontró ni una sola gota que refrescara sus lenguas.

Es algo terrible regresar a casa con las vasijas vacías después de oír un sermón, o regresar con las vasijas vacías tras levantarse de la mesa de la comunión sin haber encontrado nada de agua viva. Cerrar la Biblia y suspirar: “No encuentro ningún consuelo aquí; he de regresar con mi vasija vacía.” Cuando ni las ordenanzas ni la Palabra nos producen al-

guna gracia, las cosas han llegado a un terrible estado de cosas para nosotros. ¿Sabén lo que significa esa decepción?

Ahora, en adición a esta decepción, se siguió *una gran confusión mental*; se volvieron distraídos: “Se avergonzaron, se confundieron.” A espaldas de esa confusión vino la desesperación: “Cubrieron sus cabezas.” Los orientales cubren sus cabezas cuando están sumidos en la aflicción más profunda, como lo hizo David cuando atravesó el arroyo de Cedrón. Significa: “No puedo darle la cara. No me miren en mi aflicción, ni esperen que yo los mire a ustedes. Cubro mi cabeza pues mi aflicción me rodea por todas partes.” Así yo me he encontrado a muchas personas que, después de recurrir a muchas confianzas en alguien o algo, se han desilusionado de todas, y parecieran listas a quedarse sumidas en la desesperación, y ya no hacen ningún esfuerzo. Temen que Dios no las bendiga nunca, y que nunca entrarán en la vida eterna; y así firman su propia sentencia de muerte. ¿Habré de confesar que me ha agradado más ver a estas personas en esa condición, que escuchar sus jubilosos cantos de otras ocasiones? ¿Es junto a la puerta de la desesperanza en uno mismo que los hombres llegan a la esperanza divina? ¡Quiera Dios que muchas personas que son como ‘Vana Confianza,’ que están sentadas aquí, sean derribadas al suelo y forzadas a terminar con sus altivas jactancias yendo de inmediato a Jesús exclusivamente! Oh, que pudieran llegar a esa santa y segura conclusión en la cual estoy pensando todo el tiempo mientras les predico a ustedes—que es la conclusión escritural y lógica mencionada en mi texto—“En ti, pues, esperamos.”

Por último, cuando estas personas llegaron a la desesperación, es muy notable cómo *todo en torno a ellas parecía concordar con su miseria*. Escuchen el tercer versículo: “Cubrieron sus cabezas.” ¿Oyeron las últimas palabras del cuarto versículo? Hicieron exactamente lo mismo: “Cubrieron sus cabezas.” Seguramente el segundo versículo es el eco del primero. Así es: la tierra siente simpatía por el hombre. La naturaleza refleja exteriormente nuestros sentimientos interiores. Cuando Dios nos hace dichosos, “con alegría salimos, y con paz somos vueltos; los montes y los collados levantan canción delante de nosotros, y todos los árboles del campo dan palmadas de aplauso.” Pero cuando nos encontramos sumidos en la desesperación, la naturaleza entera hace eco de nuestra miseria. El sentido del texto hebreo es: “La tierra está desfallecida”; la propia tierra está aterrorizada por la falta de lluvia, y abre su boca jadeando de miedo. “La tierra está desfallecida pues no hubo lluvia en la tierra, y los labradores estaban avergonzados y cubrieron sus cabezas.”

¿Se han encontrado alguna vez en tal estado mental que sabían de su necesidad del agua de la vida, pero eran incapaces de encontrarla en al-

guna parte? Si así fuera, ustedes han sido indeciblemente miserables, y toda la creación está de duelo para hacerles compañía. La naturaleza es susceptible de responderle al hombre, a quien el Creador designó para que fuera su señor. La naturaleza hace resonar su repique de bodas para proclamar la felicidad del hombre, o dobla a muerto para lamentar los funerales de sus dichas. Si tú has cerrado las persianas de tu corazón, y tu alma está sumida en la oscuridad, entonces los cielos están oscuros también; o si no, la propia brillantez de la naturaleza pareciera ser otra forma de negrura para ti, y sus dichas se burlan de tus angustias y res-triegan sal en tus heridas. Cuando los hombres están abatidos y sus rostros están cubiertos, la naturaleza cubre también su rostro y todo el universo está triste. ¡Ay del día cuando la mano del Señor es dolorosa para el alma! Entonces nuestra humedad se convierte en la sequía del verano.

III. Hemos considerado hasta aquí el argumento; ahora debo apresurarme a la conclusión. El hombre es una criatura muy dependiente; el hombre puede verse reducido a una horrenda angustia; y en tercer lugar, **EL ÚNICO RECURSO SEGURO DEL HOMBRE ES SU DIOS.** “Dios es nuestro refugio.” Si yo me dirigiera a cualquier persona presente que se encuentre en tal problema como el que he descrito, permítame enfatizarle este pensamiento: el único lugar de refugio para ti está en Dios, según se revela a Sí mismo en Cristo Jesús. ¡Apresúrate a ir a Él! ¡Aférrate a Su poder! ¡Ocúltate bajo las alas de Su cuidado!

Pues, primero, *no hay ayuda en ninguna otra parte.* Lean el versículo 22: “¿Hay entre los ídolos de las naciones quien haga llover?” No dice: “los dioses de las naciones”; quienes eran ‘dioses’ en días mejores son vistos que sólo son, en verdad, vanidades en el tiempo de necesidad. Hacer llover es una prerrogativa divina; de aquí que los sacerdotes de los ídolos pretendan hacerlo a nombre de sus falsas deidades. El ‘Hacedor de lluvia’ es encontrado en todo país idólatra, pero yo creo que prácticamente nadie cree en eso ahora. ¡Qué payasadas y trucos tienen que realizar los ‘Hacedores de lluvia’ para producir la lluvia, aunque no llega nunca, y sus dioses tampoco pueden crear una nube! ¿Y dónde podría ir cualquiera de ustedes para obtener la gracia, si rehusara mirar a Dios únicamente?

Hay un ‘hacedor de lluvia’ por allá, en la ‘iglesia ritualista,’ que puede producir un chaparrón en el corazón de un niño, por el cual se convierte en “un miembro de Cristo, un hijo de Dios, y un heredero del reino del cielo.” Pero yo confío que no sean tan necios como para creer en él y, por tanto, no harían un viaje estéril hacia la superchería sacerdotal. ¿Adónde irán? No vengán a nosotros, pobres predicadores del Evangelio, pues en nosotros no encontrarán nada; nosotros sólo somos dedos para indicar-

les a ustedes al Señor Jesús, en quien mora toda plenitud. ¿Buscarás al sacerdote de larga genealogía de la iglesia de Roma, que puede concederte la absolución por un centavo? ¿Acudirás a él? No, todavía permanece algún discernimiento en ti, y sientes que ser absuelto por un hombre no tranquilizaría tu conciencia. Los sacerdotes de Baal son de poca relevancia cuando una sequía total y una terrible carestía están presentes en la tierra. En los días de Elías clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos, y decían: “¡Baal, respóndenlos! ¡Baal, respóndenlos!” pero únicamente el Dios que respondiera por fuego podía responder por agua; y Baal no podía hacer ni lo uno ni lo otro. Por tanto, vamos a dejar a Baal en paz, y a todos los profetas de Asera, con sus velas, y sus crucifijos, y su incienso, y sus vestimentas. Yo sé dónde tienen la probabilidad de acudir ustedes, y es a sus propias personas y sentimientos, a sus propias resoluciones y acciones. ¡Ay de su insensatez! Oh, sí, ustedes quieren alcanzar la paz, y entonces dan su palabra, y prometen que se volverán decentes, y sobrios y todo lo demás. ¿Qué son estas confianzas sino vanidades de los paganos? Los mejores deberes que ustedes y yo podamos cumplir, si ponemos nuestra confianza en ellos, son sólo falsas confianzas y refugios de mentiras que no nos pueden proporcionar ninguna ayuda.

Es más, miren: según el texto *si olvidamos al Señor, no hay ninguna ayuda para nosotros incluso en los medios usuales de gracia*. Lean la segunda pregunta: “¿Y darán los cielos lluvias?” Las lluvias vienen de los cielos, pero los cielos no pueden producir lluvias aparte de Dios. El cielo oriental, sin lluvia, es azul, brillante, hermoso; pero después de meses de una despiadada sequía, cuando ninguna lágrima de compasión ha brillado en los ojos de los cielos, el color azul se convierte en la enseña de la melancolía, y si ésto continúa mes tras mes, se convierte en el color de la desesperación. Mientras el Señor no abra las ventanas del cielo para derramar la bendición, ni el sol, ni la luna ni las estrellas pueden ayudar a la necesidad del hombre. Si el Señor no te ayudara, oh alma ansiosa y atribulada, los sacramentos son todos vanos, aunque fueran ordenados por el cielo; y la predicación y la lectura, la liturgia y el canto, todo eso sería en vano para traer el rocío refrescante de la gracia. Job en verdad dijo: “Dios no volverá atrás su ira, y debajo de él se abaten los que ayudan a los soberbios.” Si el propio Dios no te salvara, oh hombre, todo lo que pudiera ser hecho por los hombres o por los ángeles a lo largo de las edades, no podría ayudarte nunca ni siquiera una sola jota. ¡Tú estás perdido, perdido, perdido, si un brazo más fuerte que el del hombre no fuere extendido para ayudarte!

Pero en Dios está todo el poder. Está la misericordia: “¿No eres tú, Jehová, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos, pues tú hiciste todas estas cosas.” Veán en cuán breve tiempo Él cubre los cielos de nubes, y derrama una abundancia de lluvia hasta convertir el desierto en una laguna y la tierra seca en manantiales de agua. ¡Él puede; Él puede! Él puede alcanzar la extremidad de la debilidad y del dolor de los hombres. ¿Qué es lo que no podría hacer? Nada es demasiado difícil para el Señor; y para ti, pobre pecador, que estás seco como la arena del desierto, Dios puede hacer en una hora, sí, en un instante, que tu corazón sea inundado con Su gracia. Él es el Creador que hace todas las cosas de la nada, y Él puede crear en ti de inmediato el corazón tierno, el espíritu de amor, la mente de fe y la naturaleza santificada. Qué importa que no tengas ninguna gracia esta mañana, no, ni siquiera una sola gota; Él puede abrir manantiales en el desierto. Tú no puedes encontrar dentro de ti, sin importar dónde busques, ninguna traza de amor, o de un sentimiento santo o de algo que sea bueno; ¡sin embargo, Él puede darte todo, puede darte todo por nada, y puede dártelo justo ahora! Si tú crees que Él puede, y confías en Él según revela Su amor en el Señor Jesús, Él te salvará. Él puede darte el poder de creerlo, y conducirte ahora a arrojarte sobre Él. Él puede, pero depende de Su voluntad. ¿No dice acaso: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”? Un Dios sin una voluntad no es ningún Dios en absoluto; y si no tuviera ninguna voluntad en la materia de la salvación, entonces estaría destronado de su más selecto imperio, y el hombre es erigido por sobre el propio Dios de la gracia. Eso no puede ser.

Bien, entonces, ¿qué sigue de esto? Si Dios tiene todo este poder, *nuestra sabiduría consiste en esperar en Él*, pues sólo Él puede ayudarnos. Extraemos esta conclusión: “En ti, pues, esperamos.” Oh, mi amado oyente, si nunca has sido convertido, yo le pido al Espíritu Santo que te conduzca a tomar una decisión, para que de inmediato busques al Señor. Toda ruta está cerrada excepto el camino de la gracia soberana. Tú no tienes ningún mérito, ni tienes poder alguno; tú no puedes tener nunca ningún mérito, ni puedes tener ningún poder propio. Dios debe salvarte, o estarás perdido para toda la eternidad; Él puede salvarte para glorificar Su propia gracia, y dar a conocer Su propia misericordia, y revelar Su gran poder para convertir los corazones de piedra en corazones de carne. Él puede salvarte. Sométete a Él, entonces, y ven a Él y di, con el “pues” de mi texto: “En ti, pues, esperamos.”

¿Oigo acaso que alguien dice: “Cómo me gustaría orar”? Sí, esa es la manera de venir a Dios. *Ven a Él por la oración en el nombre de Jesús.* ¿Necesitas una oración? Este capítulo está lleno de peticiones, y hay una

oración que yo te indicaría. Aquí tienes una breve oración para ti (versículo 7), “Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, oh Jehová, actúa...” “Actúa.” “Señor, yo no puedo producir gracia en mi propio corazón, como tampoco puedo hacer que la lluvia descienda desde el cielo, pero actúa.” “Señor, yo no puedo venir a Ti, ven Tú a mí; actúa.” ¿Acaso no es esa una maravillosa oración? Hay más contenido en ella del que piensas; entre más la consideres, más grande la verás. Tres sílabas: “¡Ac-tú-a!” Y luego observen el argumento: cinco palabras de unas cuantas sílabas, “Por amor de tu nombre.” No por causa mía, sino debido a Cristo, quien es la manifestación de Tu nombre. Por causa de Tu propia gloria, pues Tu gloria es Tu nombre. ¡Señor, hazme ver que Tú puedes salvar a un gran pecador, salvándome a mí! Señor, glorifica Tu misericordia perdonándome a mí, pues, oh, si salvaras a un pobre desgraciado indigno como yo, incluso el cielo mismo resonará con Tus alabanzas; e incluso en el infierno dirán: “¡Vean lo que puede hacer Dios! Él salvó a uno que estaba maduro para el fuego eterno, y colocó al rebelde entre Sus hijos.” “Actúa por amor de tu nombre.” De todo corazón recomiendo esta oración para toda alma presente que esté buscando al Señor. ¡Que el Espíritu la escriba en sus corazones! Yo no podría darles una mejor oración. “Actúa por amor de tu nombre.”

Bien, entonces, a continuación, si van a esperar realmente en el Señor, deben *hacerlo a través de un Mediador*. Estas personas culpables de Jerusalén tenían a Jeremías para que orara por ellas. Jeremías, con los ojos llorosos, tipifica adecuadamente a uno mayor que Jeremías. ¡Recuerden al Varón de dolores, al Experimentado en quebranto! El Señor de Jeremías debe ser el Intercesor suyo. Ruéguenle que sea su Mediador. Ustedes no pueden ir directamente a un Dios absoluto; necesitan un Mediador. Un Mediador es provisto. Él ha presentado un sacrificio aceptable e intercederá por las causas de tu alma. Confía en Su sangre en vez de confiar en tus lágrimas. Deja que Su muerte limpie tu vida. Pon tu caso en las manos del grandioso Mediador, pues si crees en Él, Él será tu fiador y Él nunca falla. Irá al tribunal de la Corte del Rey en tu nombre, y será tu Abogado, y ganará tu proceso judicial. Ven, confíate a Jesús, pues Él te salvará.

Permíteme aconsejarte que *hagas una plena confesión de pecado*. Lee el versículo 20: “Reconocemos, oh Jehová, nuestra impiedad... porque contra ti hemos pecado.” Confiesa todo, descubre el pasado, revela el presente. No pienses en cubrir el pecado. Ocultar el pecado es arruinarte tú mismo; confesarlo, es encontrar misericordia. Colócate entre los culpables, pues allí la misericordia puede alcanzarte convenientemente.

Cuando hayas hecho eso, *encórvate delante de tu Dios*, “En ti, pues, esperamos.” Ven a través de Cristo, creyendo en el poder de Su sangre preciosa, y entonces puedes acercarte a Dios. Aunque estuvieras cargado con suficientes pecados que pudieran hundir a un mundo de pecadores en el infierno, si creyeras en la misericordia de Dios por medio de Cristo Jesús y te arrojaras a Sus pies, y permanecieras allí, Él nunca te diría: “Apártate.” Jesús ha dicho: “Al que a mí viene, no le echo fuera.” Si pereces, es debido a que no vienes, y no debido a que, viniendo, Él te rechaza.

Oh, seres queridos, yo no conozco a algunos de ustedes, aunque a otros sí los conozco; pero ya sea que sean mis conocidos o no, los estoy mirando ahora con ojos amorosos, y les digo: ‘Vengan a mi Señor.’ ¿No les dice su corazón: “Me levantaré e iré a mi padre”? Entonces, eso me alegra. Ustedes han probado a los ciudadanos de este país que los han enviado a los campos para alimentar a los cerdos y lo único que han comido es algarrobas. Han gastado su dinero y han desperdiciado su riqueza viviendo perdidamente; ahora no pueden encontrar ningún placer sin importar dónde vayan. ¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad! Aléjense de las vanidades, y busquen las verdades. Vuélvanse a su Dios. ¡Vuélvanse inmediatamente! ¡Vuelvan al punto de partida! ¡Vuelvan al punto de partida! Se han adentrado demasiado lejos en el camino del mal. Un precipicio se encuentra ante ustedes. Un paso más, sí, un paso más, y se hundirán en él, y su ruina eterna será irremisible. ¡Vuelvan al punto de partida tan rápidamente como puedan, al grandioso Dios de quien se han alejado! Vengan ahora, ahora mismo, pues Él los está invitando: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” Mientras Él habla de esta manera, yo espero que ustedes respondan al llamamiento y se inclinen a Sus pies de inmediato. “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.” Que sean asidos por el Espíritu Santo, para que puedan aferrarse a Jesús. ¡Que Dios nos lo conceda, por Cristo nuestro Señor! Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Jeremías 14.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #2115—Volume 35

THE DROUGHT OF NATURE...